MARC BLOCH

Historia e historiadores

akal
CLÁSICOS

Maqueta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

Título original: *Histoire et historiens*
© Armand Colin, 1995
© Ediciones Akal, S. A., 1999,
para todos los países de habla hispana
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 91 806 19 96
Fax: 91 804 40 28
ISBN: 84-460-1037-2
Depósito legal: M-1.780-1999
Impreso en MaterPrint, S. L.
Colmenar Viejo (Madrid)

MEMORIA COLECTIVA, TRADICIÓN Y COSTUMBRE. A PROPÓSITO DE UN LIBRO RECIENTE[1]

[*Revue de synthèse*, t. XL, diciembre de 1925, pp. 73-83]

La extremadamente rica y sugestiva obra que intento presentar desde estas páginas a los lectores de la *Revue de synthèse* surgió, en mi opinión, de una observación personal del autor, posteriormente confirmada por éste mediante el estudio de la literatura que trata acerca de los sueños. Esta observación, tal y como aparece indicada en las páginas 48 y 49 de la obra, se puede resumir del siguiente modo: «Durante el sueño, estamos incapacitados para hacer revivir nuestro pensamiento [...] Nuestros sueños ponen en escena toda una serie de imágenes que aparentemente parecen ser recuerdos pero sólo lo hacen de modo fragmentario, como partes desgajadas de escenas que en realidad sí han tenido lugar [...] durante el sueño, una antigua escena nunca aparece íntegramente a ojos de la consciencia». Si Halbwachs, tal y como este punto de partida parece hacer suponer, hubiese permanecido en el terreno de la psicología individual, el historiador que escribe estas líneas se hubiese limitado, única y exclusivamente, a leer el libro, pero nunca se hubiese atrevido a realizar un comentario crítico del mismo. Pero Halbwachs es sociólogo, tanto por profesión como por mentalidad, y por ello la fecunda observación que acabo de recordar lo lleva a construir toda una teoría de la memoria contemplada desde el punto de vista de la psicología colectiva –teoría que como era previsible ofrece una doble cara; por una parte el autor ha pretendido mostrar «todo lo que hay de social en los recuerdos individuales» (p. 199), y, por otra, estudia la memoria colectiva en el propio sentido del término, es decir, la conservación de recuerdos comunes a todo un grupo humano y su influencia sobre la vida de las

[1] Maurice Halbwachs, *Les Cadres sociaux de la mémoire*, 1 vol., *in 8.°*, París (Alcan), 1925 *(Travaux de l'Année sociologique)*.

sociedades. Fruto de una tendencia natural, esta última investigación se vincula con las anteriormente realizadas por Halbwachs en trabajos ya muy conocidos acerca de la noción de clase social[2]. A esta segunda parte de la obra (caps. V-VIII) haremos referencia en las presentes páginas. Sin embargo, creo necesario comenzar indicando, de manera muy breve, las conclusiones de los cuatro primeros capítulos; pido excusas si este análisis que, por necesidad ha de ser muy árido, sólo da cuenta de modo muy imperfecto de los argumentos, muy ricos y llenos de matices, de Halbwachs.

Tras constatar que soñar nunca es recordar, Halbwachs percibe que este hecho, así planteado, se encuentra en total contradicción con la psicología bergsoniana. Efectivamente es cierto, tal y como sostiene Bergson, que la «verdadera memoria» –diferente de la memoria-hábito– «retiene y ordena sucesivamente, uno tras otro, todos nuestros estados a medida que se producen» y por lo demás se admite que nuestro pasado, en tiempo normal, se nos aparece casi prácticamante oculto debido a que está «inhibido por las necesidades de la acción presente». Así pues, resulta muy difícil concebir que sea durante el sueño cuando más necesitemos la memoria y de modo más completo; es decir, en el momento en que mostramos un desinterés más evidente con respecto a la «acción eficaz»[3]. De manera general, toda teoría que considere a la memoria como una función esencialmente individual siempre estará incapacitada para explicar que la puerta de los sueños no se abra a los recuerdos.

Sin llegar a prejuzgar la naturaleza de la memoria, sino al contrario, en la obra se parte de un exacto análisis de la naturaleza del sueño. Resulta imposible negar que «el sueño es el momento en que el espíritu está más alejado de la sociedad» (p. 52). Es posible que sea precisamente esta razón la que explique que el recuerdo se encuentre excluido de él. Esta conclusión resulta, de partida, completamente natural, pero por el momento simplemente es una hipótesis que es preciso intentar someter a la prueba de la experiencia, estudiando el modo en que el pasado revive la consciencia. Entonces llegamos a percibir que «el funcionamiento de la memoria» supone el despliegue de una gran actividad intelectual; recordar no es asistir como espectador pasivo a la aparición de imágenes que, conservadas en las zonas oscuras del yo, van subiendo poco a poco y por sí mismas hacia una superficie mucho más clara, sino que es, propiamente hablando, reconstruir el pasado. Ahora bien, este trabajo de reconstrucción sólo es posible porque el intelecto cuenta para ejecutarlo con una serie de

[2] *La Classe ouvrière et les niveaux de vie*, París, 1912, «Remarques sur la position du problème sociologique des classes», *Revue de métaphisique et de morale*, t. XIII (1905).

[3] Cfr. *Matière et Mémoire*, 20.ª ed., pp. 164 y 167.

mecanismos de acción que previamente le han sido preparados por otros intelectos. «Todo recuerdo, por personal que sea, está relacionado con todo un conjunto de nociones que no sólo poseemos nosotros, sino también con personas, grupos, lugares, fechas, palabras y fomas del lenguaje y también con razonamientos y con ideas, es decir, con toda la vida material y moral de las sociedades de las que formamos o hemos formado parte» (pp. 51-52). Estas categorías de origen social nos permiten localizar, nombrar y comprender, tanto en el tiempo como en el espacio, las imágenes del pasado. No existe, por citar sólo un ejemplo, una función más eminentemente social que el lenguaje y, por otra parte, no hay nadie que no perciba que la memoria en gran medida depende de la palabra interior. Estas ayudas colectivas de la memoria siempre están presentes, e incluso durante el sueño contamos con algunas de ellas, pues aún entonces «nunca se llega a suprimir del todo el contacto entre la sociedad y nosotros, pues articulamos palabras y comprendemos su sentido» (p. 376); no obstante, la cantidad que subsiste en ese momento es muy pequeña y además lo hace de modo muy imperfecto debido a que en los sueños las imágenes del pasado sólo aparecen en estado fragmentario, insuficientemente ligadas entre sí y con el resto del pasado como para poder llegar a ser reconocidas como recuerdos. Los hechos que recordamos pueden ser estrictamente personales pero los cuadros de la memoria, sin los que los recuerdos, como tales no existen, siempre nos los proporciona la sociedad. La memoria individual encuentra un punto de apoyo, que le resulta indispensable, en la memoria colectiva; se puede decir que en cierto sentido ella no es más que «una parte y un aspecto de la memoria de grupo» (p. 196)[4].

Sin embargo, el individuo no sólo pertenece a un grupo; cada uno de nosotros se encuentra integrado en un número más o menos considerable de pequeñas o grandes sociedades de las que, como acabamos de ver, dependemos incluso para nuestras operaciones mentales aparentemente más íntimas. Por ello resulta muy conveniente analizar los diferentes tipos de memorias colectivas –y éste es precisamente el tema de la segunda parte del libro–. Halbwachs ha centrado su investigación en tres formas de memoria colectiva: la memoria familiar, la memoria del grupo religioso y la memoria de clase. Es preciso señalar que con este examen Halbwachs no ha intentado agotar todas las formas posibles del recuerdo social; las diferentes «memo-

[4] Es necesario indicar que estas conclusiones no se basan solamente en el estudio del sueño, sino también en el de la afasia; en una discusión digna de ser admirada por su sutileza e ingenio por parte de todas aquellas personas que a este respecto somos totalmente incompetentes e incapaces de dar una opinión acerca de un tema tan delicado (cap. II), Halbwachs relaciona y diferencia la «constricción» del campo de la memoria en el afásico con respecto a la constricción, de idéntico tipo, que se produce en la persona que sueña.

rias» sociales estudiadas se han elegido como ejemplos particularmente instructivos. Pero desde este mismo punto de vista podemos lamentar que en la obra no se haya tratado la memoria jurídica, el derecho consuetudinario. Más adelante tendremos ocasión de volver sobre esta laguna.

No vamos a pretender seguir a Halbwachs en todos los detalles de su investigación tripartita, excesivamente rica en observaciones y reflexiones de todo tipo para que pueda ser fácilmente condensada en unas pocas líneas. No obstante, en su trabajo destaca una idea básica que domina toda su investigación. Todo grupo social extrae su unidad espiritual al mismo tiempo de las tradiciones que constituyen la materia propia de la memoria colectiva y de las «ideas o de las convenciones que resultan del conocimiento del presente». Sin embargo, entre estas dos formas de representaciones colectivas no existe la antinomia que algunos autores han creído descubrir; en realidad, éstas sólo existen una en virtud de la otra; la sociedad sólo conoce o interpreta el pasado a través del presente y por otra parte el presente sólo tiene para ella un sentido concreto y un valor emocional porque tras él se entrevé cierta duración temporal. Tomemos por ejemplo la sociedad religiosa cristiana: la piedad del fiel se nutre al mismo tiempo de ritos constantemente renovados y de recuerdos, particularmente de aquellos que tienen que ver con la vida del Salvador; pero la mayoría de los ritos sólo serían formas vacías si no conmemorasen o simbolizasen la carrera de Dios o accesoriamente la de los santos; además, el tesoro histórico o legendario de los cristianos se transmite de generación en generación sobre todo mediante los ritos. En suma, podemos decir, forzando quizá un poco el pensamiento de Halbwachs, que en su opinión la misa es el acto social por excelencia pues en ella se unen indisolublemente el carácter de ceremonia conmemorativa de la Última Cena con el de un sacrificio que tiene lugar en el presente y que resulta eficaz en este preciso momento. De la misma manera, el sentimiento familiar sólo existe debido a la noción, en algún modo abstracta, de los lazos de parentesco que existen en ese momento –éste es mi padre, mi hermano, etc.– y mediante los recuerdos que a cada uno de nosotros nos permiten ver a auténticas realidades de carne y hueso tras las denominaciones de padre o de hermano. Igualmente, toda clase social toma conciencia, al mismo tiempo, de su existencia mediante una forma de actividad técnica que en el presente es común a todos sus miembros y en concepciones o sentimientos proporcionados por el conocimiento, más o menos confuso o imaginario, del pasado del grupo. No nos debe de resultar extraño, por tanto, que el paso de las ideas nacidas de la percepción de las condiciones del presente a los recuerdos tenga lugar de modo casi insensible en la mentalidad colectiva. La memoria colectiva, al igual que la memoria individual, no conserva el pasado de modo preciso; ella lo recobra o lo reconstruye sin cesar a partir del presente. Así pues, la memoria siempre es un esfuerzo.

La fecundidad que presenta esta visión general se puede reconocer con mucha facilidad. Aquellos lectores que aún recuerden el hermoso trabajo en que Halbwacas con anterioridad había intentado definir a la clase obrera encontrarán en particular en este nuevo libro una grata ampliación de su pensamiento, que se desarrolla sin llegar a contradecirse. Halbwachs sigue creyendo –y sin duda con razón– que «lo que en las sociedades urbanas diferencia a la clase obrera de los otros grupos es que los obreros de la industria, como consecuencia de su trabajo en ella, entran en contacto con cosas y no con personas» (p. 331), pero en la actualidad dudaría, de manera muy verosímil, en llegar a estudiar esta clase, al igual que cualquier otra, haciendo abstracción de todo tipo de representación de orden tradicional entre sus miembros. Por lo demás, se puede concebir que esta reconciliación, si así podemos denominarla, de la tradición con el presente comporta ciertas conclusiones de orden práctico y político que aquí nos limitaremos a indicar, sin llegar a insistir en ellas, pues tampoco Halbwachs ha querido entrar en este terreno. Pero, debido precisamente a que este tipo de visión es de carácter muy general, sólo se puede llegar a discutir con cierto rigor y profundidad mediante la verificación de su aplicación a casos concretos. Espero que en esta revista se me permita considerarla ante todo como una hipótesis directriz que se plantea a los historiadores, sobre todo a aquellos que tienen el valor suficiente para dedicarse al estudio, hasta ahora muy despreciado, de las clases sociales. Desde estas líneas sólo intento presentar algunas observaciones que por lo demás se ofrecen de manera bastante desordenada.

¿Cómo se transmiten los recuerdos colectivos dentro de un mismo grupo y de generación en generación? La respuesta evidentemente debe de variar según el grupo considerado, pero se trata de una cuestión demasiado importante para ignorarla. Halbwachs, en mi opinión, sólo ha tratado el tema muy superficialmente, limitándose con frecuencia a responder la pregunta mediante el recurso a ciertas fórmulas que me atrevería a considerar como finalistas o propias de un antropomorfismo un tanto vago: «la sociedad tiende a borrar de su memoria todo aquello que podría separar a los individuos» (p. 392); la sociedad en algunos momentos se encuentra «obligada a vincularse con nuevos valores, es decir, a basarse en otras tradiciones más acordes con respecto a las necesidades y tendencias del momento» (p. 358). Esta omisión, en un autor tan bien informado acerca de la vida social, resulta tan sorprendente que es preciso que le busquemos una explicación cuyo origen se encuentra en ciertos hábitos metodológicos y de expresión propios del autor; considero como un posi-

ble responsable de la misma al propio vocabulario durkheimiano, caracterizado por el uso de toda una serie de términos tomados de la psicología individual a los que se califica mediante el adjetivo «colectivo». Por mi parte, no veo ningún inconveniente a la hora de hablar de «memoria colectiva» o de «representaciones» o de «consciencia» colectivas. Se trata de términos expresivos y cómodos cuyo uso me parece totalmente legítimo. Pero siempre a condición de que, por ejemplo, no se incluyan bajo el calificativo de memoria colectiva las mismas realidades que se comprenden dentro de la memoria individual. ¿Cómo conserva o recupera el individuo sus recuerdos? ¿De qué manera lo hace la sociedad? La vieja psicología consideraba que el primero de estos dos problemas era totalmente independiente del segundo; Halbwachs, por el contrario, nos muestra con gran claridad que la idea de una memoria individual totalmente separada de la memoria social es una simple abstracción casi vacía de contenido; así pues, su libro coincide con toda una serie de trabajos aparecidos en los últimos años que nos han acostumbrado a buscar la parte «social» que existe en lo «individual»; de tal modo que en la actualidad los estudios puramente psicológicos parecen encontrarse fuertemente influidos por Durkheim. No obstante, y a pesar de que los dos problemas que antes he planteado se encuentran estrechamente ligados, no dejan de ser en cierto sentido distintos, del mismo modo que sus elementos también son diferentes. Para que un grupo social cuya duración temporal rebasa la vida de un hombre pueda «recordar» no basta con que cada uno de los diferentes miembros que en un momento dado lo componen conserve en su cabeza las representaciones concernientes con el pasado del grupo, sino que también es preciso que los miembros de más edad se acuerden de transmitir estas representaciones a los individuos más jóvenes. Somos libres de utilizar el término «memoria colectiva», pero conviene no olvidar que al menos una parte de los fenómenos que así designamos son simplemente cuestiones que tienen que ver con la comunicación entre individuos.

Un ejemplo nos permitirá comprender mucho mejor la importancia que en mi opinión es preciso concederle al estudio de esta transmisión de saberes. Con relación a la «memoria familiar», Halbwachs ha dedicado, de modo totalmente excepcional, algunas líneas a este tipo de relación a la hora de hablar acerca de los abuelos. «Éstos –dice– comunican sus recuerdos a sus nietos de modo fragmentario y temporalmente discontinuo, aprovechando las ocasiones que les concede la familia» (pp. 233-234). Creo que el papel de los abuelos es en muchos casos mucho más importante e interesante. Consideremos por ejemplo las sociedades rurales. En ellas con mucha frecuencia ocurre que mientras el padre y la madre se encuentran ocupados en las tareas del campo o de la casa, los niños quedan confiados a los ancianos, siendo éstos, tanto o más que los padres, quienes se encargan de transmitirles tanto el legado de la costumbre como tradiciones de todo tipo. Existen motivos para preguntarse si el tradicionalismo de las antiguas sociedades rurales, anteriores a la época de aparición de los periódicos, de la escuela y del servicio militar, no se debió en gran medida a la educación de la generación más joven por parte de la más vieja. Las condiciones de la vida profesional y doméstica de las ciudades sin duda no suponían este mismo grado de anulación de la generación intermedia en la educación de la generación más joven; en ellas existía una atmósfera mucho más favorable hacia cierto grado de renovación intelectual[5].

Al estudiar la memoria colectiva religiosa, Halbwachs escribe (p. 296): «Originalmente los ritos sin duda responderían a la necesidad de conmemorar un recuerdo religioso como ocurre, por ejemplo, con la fiesta de la Pascua entre los judíos o con la comunión entre los cristianos». ¿Es esto cierto? En la actualidad y desde hace ya mucho tiempo no existe duda alguna de que el judío piadoso que come el cordero pascual sólo piensa en celebrar el recuerdo de sus antepasados que huyeron del faraón de Egipto, o que el católico, por poco instruido que esté en los misterios de su religión, al ver al sacerdote elevar la hostia sólo piensa en la palabra del Evangelio: «Tomad y comed, éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre». Ésta es incontestablemente la interpretación actual, y hoy en día tradicional, de estos ritos, pero ¿era éste su significado original? Creo que son muy pocos los historiadores de la religión dispuestos a responder afirmativamente a esta pregunta. Apenas es necesario recordar que la idea de la comunión divina no es específicamente cristiana; en el siglo primero de nuestra era esta idea formaba parte de un patrimonio común a gran número de personas a lo largo de las costas del Mediterráneo; la comunión no tiene su origen en el relato de la Última Cena, sino que, al contrario, es esta narración la que se explica sólo mediante el recurso a la comunión. Del mismo modo, el banquete pascual sólo pudo ser vinculado de modo secundario al hermoso cuento que en la actualidad le sirve como justificación, y por otra parte es preciso reconocer que la unión entre ambos se realizó de modo bastante torpe. Así pues, en este caso estamos ante dos recuerdos falsos. ¿Llegará Halbwachs a estudiar algún día los errores de la memoria colectiva?[6]

---

[5] Esta misma idea vuelve a aparecer expresada de un modo mucho más elaborado en *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*.

[6] Dado que estamos en el campo de la historia religiosa, creo que se me permitirá decir que no me asombra en absoluto el carácter «budista» del movimiento franciscano y que el ascetismo de San Francisco me parece, al contrario, totalmente de acuerdo con las normas habituales de la *ascesis* cristiana (cfr. p. 285). Por otra parte, tampoco creo en la influencia de los albigenses –o mejor de los cátaros, dado que el término de origen francés

Parece evidente que la propia fuerza de las cosas lo habría obligado a hacerlo, si no hubiese ignorado de entrada, y tal y como ya he indicado anteriormente, el estudio de la ley consuetudinaria; omisión por lo demás mucho más lamentable pues con relación a este tema, y contrariamente a lo que ocurre con muchos otros, existen muchos trabajos históricos que le habrían despejado el camino[7]. Las sociedades medievales pueden ofrecer a este respecto muy buenos ejemplos a los sociólogos. En Europa occidental la vida jurídica se basó exclusivamente en la costumbre durante muchos siglos; las reglas de derecho se consideraban válidas y los cánones legítimos por el simple hecho de que al menos hasta donde alcanzaba la memoria siempre habían existido. Un ejemplo de esta afirmación lo ofrecen las obligaciones que los historiadores normalmente denominan derechos señoriales o feudales y que en la lengua cotidiana recibían el nombre de *costumbres*, término muy significativo para el reconocimiento de su fundamento jurídico. Hasta hace pocos años, el derecho inglés, fiel heredero del derecho medieval en esta materia como en tantas otras, definía al *copyholder* del siguiente modo: «colono sometido a la voluntad del señor *de acuerdo con la costumbre del señorío*». Cuando un juez minucioso, un San Luis por ejemplo, buscaba la verdad jurídica, su primer acto era mirar al pasado y preguntarse qué era lo que se había hecho con anterioridad. En estas circunstancias parece, a primera vista, que el derecho debió ser algo casi inmutable durante un largo período de tiempo; sin embargo, lo cierto es que el derecho, al contrario de lo que parece, evolucionó mucho durante todos estos siglos y en muchos casos lo hizo con gran rapidez. Se le incorporaron un gran número de innovaciones bajo el nombre de costumbres inmemoriales. Por todas estas razones este fenómeno resulta suficientemente curioso como para haber llamado la atención de un psicólogo precupado por el estudio del alma colectiva. Tanto más cuanto que es muy posible que en esa misma época se le puedan encontrar paralelos fuera del campo de lo jurídico, como por ejemplo en el terreno religioso; me parece que el cristianismo se transformó mucho más profundamente, entre la Paz de la Iglesia y la Reforma, de lo que Halbwachs parece imaginar[8]. Las sociedades de la Edad Media, esencialmente tradicionalistas, se han imaginado viviendo de su memoria, pero ésta en muchas ocasiones no fue más que un espejo muy poco fidedigno.

El capítulo que Halbwachs ha consagrado a las clases sociales evidentemente adolece de la excesiva penuria historiográfica que existe con respecto a este tema. Desconozco si el autor fue suficientemente consciente para apreciar el carácter relativamente reciente –si se puede aplicar este término a los siglos XII y XIII– de la aparición, hablando en propiedad, de una clase nobiliar. Por otra parte, considero inexacto explicar la regla –también tardía– que prohibía al noble ejercer ciertas profesiones sin faltar a la concepción que establecía que «una fortuna cuyas fuentes son excesivamente visibles... pierde parte de su prestigio» (p. 399); pues siempre existió un origen para las fortunas nobles que se consideró como perfectamente legítimo aunque también fuese perfectamente claro: la guerra; y si Halbwachs duda que la guerra haya podido ser abierta y por así decir cínicamente considerada por parte del caballero como una fuente de beneficios basta con remitirlo, por ejemplo, a los poemas de Bertrand de Born. Por lo demás, la idea de que la función entraña la nobleza me parece mucho más antigua de lo que Halbwachs supone (p. 325); la nobleza medieval tiene su origen, al menos en parte, en el cuerpo de funcionarios carolingios... Pero todas estas cuestiones son infinitamente complejas y sería absurdo pretender tratarlas aquí aunque sólo fuera de pasada. En la actualidad carecemos de una buena historia de la nobleza; el día que tengamos alguna, Halbwachs será posiblemente el primero en desear modificar algunos de sus puntos de vista. Por contra, el historiador de la nobleza, si llega a haberlo, estará obligado a leer el libro de Halbwachs y a beneficiarse mucho de su lectura. Solamente mediante este tipo de intercambios intelectuales podemos esperar ver progresar a las ciencias sociales. Uno de los mayores peligros a que éstas se enfrentan es precisamente la dogmática «compartimentación» de todas ellas, que lleva a que «sociólogos» e «historiadores» se ignoren o desdeñen recíprocamente. Por ello creo que he realizado una útil labor al señalar y discutir algunos

resulta, en este caso excesivamente molesto– sobre el franciscanismo. La influencia de los valdenses sobre Francisco resulta evidente –influencia que por otra parte es muy compleja–: el respeto, muy pregonado y proclamado, del *poverello* por los sacerdotes (cfr. *Testament*, c. 3, así como la historia narrada por Etienne de Bourbon, *Anecdotes*, 316 y 347) se puede concebir como una reacción, totalmente buscada, contra el carácter antisacerdotal de la herejía valdense. No aprecio ningún indicio de catarismo en Francisco, sino todo lo contrario; así, por ejemplo, no existe nada menos neomaniqueo que el Cántico al Sol; ¿podemos acaso imaginarnos a alguno de estos «perfectos», para los que todo lo material era obra del Maligno, llamando hermana al agua o madre a la tierra? No obstante, si en algún momento hubiese que llegar a dar una prueba satisfactoria de esta influencia que hasta ahora no parece que en modo alguno haya sido demostrada, no habría ninguna dificultad para llegar a explicarla pues, por más que a este respecto opine Halbwachs (p. 294), a inicios del siglo XIII toda Italia septentrional estaba llena de cátaros.

[7] Los trabajos de los historiadores y juristas ingleses que han estudiado «la costumbre del señorío inglés» resultan a este respecto extremadamente ricos y están llenos de interesantes sugerencias. Aprovecho esta ocasión para señalar a vuela pluma que lamentablemente la obra de un pensador tan grande como F. W. Maintland apenas se lea en Francia. Los sociólogos, en particular, encontrarían en ella numerosas y muy penetrantes observaciones, así como puntos de vista con mucha frecuencia muy profundos.

[8] Cf. p. 260: «No es menos cierto que el dogma y el ritual se establecieron en esencia desde los primeros siglos de la era cristiana».

de los aspectos de este importante libro. Independientemente de su alcance propiamente filosófico, al que evidentemente no tengo por qué hacer justicia (no hay que olvidar que una de las grandes doctrinas metafísicas de la época se presenta en esta obra totalmente plena de vitalidad), e incluso con independencia de todo un tesoro de penetrantes observaciones, el libro nos presta un útil servicio que nadie puede llegar a apreciar mejor que un historiador frecuentemente encerrado, con exceso y por necesidades propias de su oficio, en las hermosas labores de investigación y erudición histórica. El libro de Halbwachs nos obliga a reflexionar sobre las condiciones propias de la evolución y desarrollo histórico de la humanidad, pues... ¿qué sería de esta evolución sin la «conciencia colectiva»?